

Vestigios de valores cooperativos en la antigüedad y su emergencia en Colombia

Vestiges of old cooperative values and their emergence in Colombia

César Augusto GUALTEROS GALEANO*

Resumen

Los valores que el cooperativismo promulgó en 1995 como compendio de su identidad no surgieron como un tratado valorativo fruto de la Asamblea de la ACI (Asociación Cooperativa Internacional) de ese año, sino que fueron el resultado de un proceso ideológico de sus principales actores, que desde la antigüedad hasta nuestros días ha venido consolidándose en el transcurrir de cada una de las etapas económico-socio-culturales de la humanidad.

El cooperativismo en su esencia valorativa es una actividad socio-humanística que, como tal, ha pervivido, pervive y pervivirá con el hombre, pero que, como doctrina filosófica, desde su responsabilidad ética, está llamada a asumir su papel de defensora y promotora de la vida, del respeto a la diferencia y a la biodiversidad, lo cual lo conlleva a actuar en adelante con una visión posmoderna cimentada en una ética de la vida.

Palabras clave: griegos, ética, ser, cooperativismo, valores.

Abstract

That the cooperative values enacted in 1995 as a compendium of its identity did not emerge as a result of the deal worth Assembly ACI (International Cooperative Association) for that year, but were the result of an ideological process of its main actors, from the past to the present day has been consolidated in the passing of each of the stages of socio-economic-cultural humanity

The cooperative at its core value is a socio-humanistic activity as such has survived, survives and pervivirá with men, but as a philosophical doctrine from its ethical responsibility is called to assume the role of defender and promoter of life, respect the difference and biodiversity, which leads to what now appears with a postmodern vision grounded in an ethic of life.

Keywords: greeks, ethic, being, cooperativism, values.

Descriptores: A130 – relación de la economía a los valores sociales; D460 – teoría del valor; L300 – organizaciones sin ánimo de lucro y empresa pública: general; P130 – empresas cooperativas; Q500 – economía ambiental: general.

Recibido: 29 de octubre del 2009 **Aceptado:** 16 de marzo del 2010

* Director Administrativo Seccional y Catedrático de la Universidad Cooperativa de Colombia, sede Ibagué. Magíster en Administración (Universidad Nacional de Col.), especialización en Administración y Gerencia Institucional (Universidad Cooperativa de Colombia), Ingeniero de Sistemas (Universidad Autónoma de Colombia). Correo electrónico: cegualteros@yahoo.es / cesargualteros@ucc.edu.co

Introducción

Este sencillo escrito, extractado de la parte inicial de capítulo uno de la investigación *Los valores cooperativos en la gestión de las organizaciones cooperativas de Ibagué, una perspectiva ambiental compleja*, que nos ubica en la antigüedad occidental retomando planteamientos valorativos de importantes pensadores griegos, pretende llamar la atención sobre el cimiento de los valores que el cooperativismo promulga hoy como soporte de su identidad. Muestra cómo algunos de sus valores como la ayuda mutua, la solidaridad, la cooperación, entre otros, son innatos al ser humano y más aún propios de la naturaleza misma, valores de la vida; sin embargo, dependiendo de la visión conceptual que de ellos se tenga y con que se practiquen, así mismo, será su aporte al objetivo que se persiga y su incidencia en la vida no sólo desde una perspectiva antropocéntrica, sino también geocéntrica. De igual forma, se observa que al igual que los valores de la identidad cooperativa hoy no son los dominantes en la cultura de nuestras sociedades, en la antigüedad, si bien ya existían y se practicaban, tampoco lo eran.

Como un preámbulo al recorrido que haremos por la antigüedad occidental evidenciando prácticas y concepciones de los valores cooperativos, inicialmente se hace una pequeña revisión conceptual del valor, a partir de algunos reconocidos teóricos del tema.

Los valores, teoría y práctica cultural

La dimensión del valor, en el transcurrir de la humanidad, se ha nutrido de

variadas interpretaciones; por ello, no se la puede limitar a un solo contexto. La palabra valor viene del latín *valere*; “valere, fuerza, salud, estar sano, ser fuerte”. Cuando decimos que algo tiene valor, afirmamos que es bueno, digno de aprecio y estimación.

También, “Llamamos valores a aquellos bienes cuya posesión acrecienta las realidades y posibilidades humanas” (Llano, 1998, p. 129). Éstos son fenómenos de carácter tanto material como espiritual, capaces de satisfacer cualquier necesidad de un hombre, de una clase o de la sociedad y de servir a sus intereses y fines. Los hombres no sólo conocen las propiedades de los fenómenos, sino que también los justiprecian desde el punto de vista de si son útiles o perjudiciales para su vida.

Todos los valores son cualidades materiales que tienen una determinada ordenación mutua en el sentido de “alto” y “bajo”; y esto acaece con independencia de la forma como se les incluya (Scheler, 1941, p. 45). Lo que caracteriza al valor es la no-indiferencia. Las cosas se nos presentan como valiosas, por cuanto no nos son indiferentes, provocan en nosotros aprecio, estimación. El valor no agrega nada al ser de las cosas, sino que expresa cierta actitud apreciativa como propiedad emergente, de la relación entre quien valora y quien es valorado.

La connotación valorativa aplica en igual medida a lo real físico como a lo real psíquico. Ni la experiencia del valor, ni el grado de la adecuación ni la evidencia se muestran dependientes de la experiencia de los depositarios de

aquellos valores. En consecuencia, los valores son independientes en su ser de sus depositarios (Scheler, 1941, p. 45).

Los valores también se determinan como cualidades emergentes, siempre adheridas al cuerpo, a las corporeidades, al mundo de la vida; no se pueden considerar como reales si se apartan de ellos; por ejemplo, consideramos bello un amanecer en plena mar o un atardecer en los llanos orientales, pero esta belleza no se podría apreciar si no existiera el mar y la llanura, o el concepto de mar y de llano; es decir, si no tenemos el referente sobre el cual se valora la belleza.

Los valores tienen carácter social, emergen en el transcurso de la actividad práctica de los hombres y de otras especies protoculturales. Es por ello que se determina que cada grupo social, cada colectividad ecocultural tiene su propia escala de valores, porque son ellos quienes dan el grado de importancia a las cosas y, por ende, esta valoración no es igual para todos; inclusive para cada uno de los miembros de la colectividad, su escala de valores va cambiando a medida que van pasando los años, bien sea por su experiencia de vida o por otros factores como cambios ecoculturales.

En las sociedades divididas en clases, los valores socio-políticos y espirituales tienen un mismo patrón de comportamiento, es decir que los valores tienen una caracterización clasista. Las clases sociales, que por lo demás son contrarias y antagónicas, tienen, crean y justiprecian cada una su propio patrón de comportamiento y su propia escala valorativa que les posibilita tener su pertinente

concepción (distinta y contrapuesta) del bien, del mal, de justicia, de libertad, de honestidad, de solidaridad, de igualdad y de respeto, entre otros, pues son distintos sus ideales, objetivos y formas de conducta o su actitud estética frente a la concepción y percepción de la realidad, aunque en las sociedades y, en especial, las capitalistas, los seres humanos que las conforman tiendan a acrecentar su capacidad económica, de poder y toma de decisiones, así como su necesidad de reconocimiento.

En la teoría administrativa de “la dirección por valores” de las empresas y, en general, de todo tipo de organizaciones humanas, sus exponentes García y Dolan también hacen sus aportes a la conceptualización de los valores desde sus propias ópticas y la palabra valor, se la ve también en tres sentidos: “la dimensión ético-estratégica, económica y psicológica” (García y Dolan, 1997, p. 62).

La dimensión ético-estratégica establece que es un actuar que va ligado a la estrategia que el hombre determine para vivir con otros, buscando siempre una buena vida. Desde esta perspectiva “los valores son aprendizajes estratégicos relativamente estables en el tiempo, una forma de actuar es mejor que su opuesta para conseguir nuestros fines o, lo que es lo mismo, para conseguir que nos salgan bien las cosas” (García y Dolan, 1997, p. 63).

En sentido económico, “los valores son criterios utilizados para evaluar las cosas en cuanto a su relativo mérito, adecuación, escasez, precio o interés” (García y Dolan, 1997, p. 64). Lo que implica que

en las organizaciones capitalistas, esta dimensión del valor es la preponderante, porque determina las cosas por el valor que representan, cobrando en este sentido un sitio privilegiado el tener sobre el ser y en tal dirección subordinando las demás formas de valoración.

En cuanto a la dimensión psicológica, se considera la palabra valor como: “cualidad moral que mueve a acometer resueltamente grandes empresas y a afrontar sin miedo los peligros” (García y Dolan 1997, p. 65). En tal sentido, se considera que el dirigente de organizaciones capitalistas —según su valor preponderante—, debe tener esta dimensión de valor, al momento de realizar su gestión, tomando las decisiones más propicias para hacer que la empresa crezca monetariamente, por sobre otras necesidades ecosocioculturales.

La dimensión psicológica del valor es determinante en la práctica y acción valorativa, pues dependiendo de la percepción que tenga el hombre de la vida y del mundo, de esta manera será su comportamiento y pertinencia de acción; dentro del paradigma de la linealidad y el mecanicismo, al ser objetivada la naturaleza y prevalecer el individualismo y la competitividad, el hombre se ve impulsado y liberado de todo prejuicio y responsabilidad, a realizar lo que pueda, quiera y se imagine para conseguir los objetivos personales y organizacionales, con la única y malsana visión de la naturaleza como recurso y como tal de su propiedad para usarla como fuente de riqueza económica y, por ende, de poder económico, político y hasta legal.

Se considera que el hombre es quien valora y como tal en su búsqueda incansable de conseguir y retener su felicidad, como valor esencial de vida, en su necesidad de valorar como posibilidad y potencialidad de acción de sus actuaciones como integrante de una sociedad caracterizada por sus propias concepciones culturales, ha creado valores desde la antigüedad y hasta nuestros días. Según Nicolás Gaviria los valores:

[...] no se descubren con los sentidos ni se demuestran científicamente. Los descubrimos, según los axiólogos, con una intuición emocional especial que tiene por objeto captarlos, así como el sentido del gusto capta los sabores. Esta intuición pertenece al grupo de los fenómenos de sentimiento (Gaviria, 1968, p. 155).

Quizá en esta dirección, el cooperativismo en su máxima expresión representativa como lo es la Alianza Cooperativa Internacional (ACI) promulgó en Manchester 1995 los valores que a su juicio dan identidad al cooperativismo.

Vestigios de valores cooperativos en la antigüedad

El cooperativismo como corriente filosófica y práctica socioeconómica tiene sus primeros hilos conductores y gestores en la antigüedad, merced a la emergencia de prácticas sociales de cooperación y solidaridad. Desde los primeros hombres, aflora, quizá como sistema de defensa o de pronto como simple necesidad biológica, la práctica de la asociación y la cooperación. Posteriormente, los más reconocidos y antiguos pensadores

griegos interpretaron y construyeron escalas y tramas de valores a partir de la emergencia de dichos valores en las prácticas sociales cotidianas, tramas que constituyeron sentidos ético-políticos de las sociedades de la antigüedad clásica. Los valores cooperativos —valores institucionales: autoayuda, responsabilidad propia, democracia, igualdad, equidad y solidaridad; valores para los asociados: honestidad, franqueza, responsabilidad social y compromiso por los demás— fueron concertadamente formulados por la Alianza Cooperativa Internacional (ACI), en 1995, en el primer centenario de su fundación o nacimiento y como una respuesta a la preocupación de sus cooperados de todo el mundo, que desde años atrás se venían planteando la imperiosa necesidad de identificar, formular y adoptar los valores a expensa de los cuales el movimiento mundial cooperativo se congregaba e identificaba doctrinariamente fruto de la praxis de sus principios cooperativos, que la ACI, en su génesis, en 1895, adoptó de la cooperativa de los pioneros de Rochdale; sin embargo no es menos cierto que reconociendo al cooperativismo como un movimiento o corriente filosófica, éste debe tener su esencia y su quehacer existencial en su doctrina y en los valores que se crean y recrean en la práctica cotidiana de sus diversas actividades y principios, permeados e influenciados por su accionar político, económico y sociocultural de su entorno, en el devenir evolutivo de los hombres.

Los hombres que existieron antes de los primeros filósofos sustentaban y

atribuían toda actividad o fenómeno a fuerzas superiores a las que denominaban dioses (seres mitológicos), responsables de todo lo bueno o malo que sucediera. Con los griegos y, en adelante, en el transcurrir de los siglos, la ética se ha venido ocupando cada vez más sobre el cómo o en qué forma los hombres habitan la tierra, para lo cual revisa su hábitat desde tres aspectos básicos relacionales: como un ser grupal o ser asociativo, es decir, en su forma y necesidad de relacionarse y en su responsabilidad social surgida de estas relaciones; como un ser fruto de sus actividades o su quehacer, en cuanto a su capacidad como ser técnico (*tecné*); como ser creador, referente a su papel de constructor en ejercicio de una de sus principales misiones y en virtud de esta capacidad trasciende su capacidad como ser valorativo.

El cooperativismo y sus primeros vestigios no se ha podido apartar de esta preocupación del quehacer ético, y consciente o inconscientemente sus prácticas se han movido dentro de estas capacidades del ser humano, en especial en cuanto a su capacidad como ser valorativo. En Occidente, la ética y los valores cooperativos han tenido diversos momentos, diversas expresiones y, a su vez, diversos pensadores que desde sus ópticas han aportado a su constructo teórico, por ejemplo los de la antigüedad que seguidamente se citan:

Tales de Mileto (640-546 a.C.), considerado el precursor de la filosofía y primer pensador griego, aportó sus planteamientos materialistas contrapuestos a la verdad mitológica que campeaba en la época (Arango, 1997, p. 15).

Como maestro, trascendió su obra a sus discípulos entre los que se contaba Heráclito, famoso entre otros aspectos por su teoría sobre el cambio constante de la materia, que resumía en la frase “nadie puede tocar dos veces el mismo cuerpo”, o “en el mismo río no es posible bañarse dos veces”. “En su concepto, el mundo sólo estaba conformado por materia, eterna pero mutable. Para él la lucha de los contrarios representaba el principio motriz del cambio permanente, el enfrentamiento entre lo vivo y lo muerto, lo joven y lo viejo” (Arango, 1997, p. 17). Heráclito nos muestra desde la antigüedad con vigencia en nuestro presente cómo toda la naturaleza y, en general, el cosmos es permanentemente cambiante; nuestro cuerpo, nuestra mente, nuestras organizaciones, nuestras sociedades, igualmente, aunque no lo percibamos, viven en constante cambio y movimiento, por ende, el cooperativismo es un fenómeno social en constante transformación.

Demócrito (460-370 a.C.) planteó que la sociedad era en virtud de la ayuda mutua, el resultado de un proceso histórico que llevó al hombre desde su condición primitiva —errante y pastoril— a la civilización en grandes urbes, proceso que se posibilitó gracias a su propia necesidad y a la ayuda ejemplarizante que evidenció en la naturaleza; ésta le enseñó a proveerse y aprendió de muchas especies animales a realizar, en un comienzo rudimentariamente, algunas actividades para su mejor vivir, como por ejemplo: de la araña a hilar y de la golondrina a construir su casa, de los

pájaros a cantar, de los lobos y leones a cooperar para cazar en asociación y consumir el alimento fruto de la caza entre todos los integrantes de la manada y de las hormigas la organización, el trabajo mutuo y, guardando alimento en verano para comer en invierno, un principio básico de economía que es guardar en la abundancia para proveerse en la escases.

Con posterioridad a las reflexiones sobre la naturaleza, la mayoría de los filósofos griegos y las escuelas filosóficas helénicas reflexionaron sobre propuestas en torno a una sociedad fundamentada en principios como la ayuda mutua, la cooperación, la autogestión y la solidaridad (Arango, 2005, p. 22).

Sócrates (470-399 a.C.) fue dado a conocer por otros filósofos como Platón quien lo cita en su libro de *La República* (Platón, 1994), filosofando en reuniones con sus amigos y contradictores, como Glaucón y Trasímaco; a pesar de ser enemigo del sistema democrático y defensor del sistema aristocrático y del estamento del Estado, planteó su tesis sobre la autosuficiencia de las comunidades humanas —fundamento teórico de la propuesta cooperativa de P.C. Plockboy y John Bellers en el siglo XVII—, con una vida elemental y sin lujos. Este concepto de autosuficiencia comunitaria lo advertía a partir de suplir, en primera instancia, las necesidades básicas de todos los hombres de la comunidad, lo que de darse nos evidencia una práctica de valores como la solidaridad, la cooperación, la ayuda mutua y el respeto por el otro, cimientos de la escala valorativa del cooperativismo.

Los pensadores sofistas tienen reconocimiento por su valentía al expresar en sus teorías duros cuestionamientos al Estado y a la forma de gobierno de la antigua Grecia, así como a su sociedad clasista y esclavista.

En el orden social, los sofistas rechazaron la organización de la ciudad y el derecho, y por eso dudaron de las bondades del estado y la ley. Protestaron contra la división de la sociedad en clases y la pretendida superioridad de la aristocracia, atacando duramente la esclavitud, enfrentándose valerosamente a Platón y a Aristóteles (Platón, 1994, p. 23).

Con ello, expresa un pensamiento más igualitario y comunitario en el que se concebía un modo de vida en el que podían coexistir todas las personas sin tantas ataduras del Estado. Los sofistas daban muestras de un pensamiento social cimentado en valores como la igualdad, la democracia y la responsabilidad social, valores del cooperativismo.

El filósofo Platón, en una de sus obras más importantes y fundamentales, *La República*, propone una sociedad igualitaria, justa y sin propiedad privada. Sin embargo es menester recordar que su postulado y definición de un hombre justo y sabio, disfrutando de un Estado equitativo y una sociedad igualitaria, se ve reducido a su concepción de una sociedad clasista, sólo para hombres libres, bajo la premisa de un Estado aristocrático y esclavista.

Platón concebía una libertad encadenada y al servicio de unos seres humanos privilegiados, lo que se justificaba en la época como virtud dada por los

dioses y como tal, suprema, por no decir menos, legal y justa; esto permeaba en su concepción la igualdad, la justicia y el concepto de propiedad privada de la sociedad. Algo similar a lo que se observa en la actualidad, cuando fruto del juego económico y la “libre” competencia de mercados que todo lo justifica, se privilegia a unos pocos hombres y la sociedad espejizada por la objetivación y la subjetivación del ser humano lo acepta como verdad de libertad justa y en derecho absolutamente legal, debiendo aquí preguntarse todos y cada uno de los actores cooperativos hasta dónde este mal permea la práctica cooperativa.

“En obvia alusión a Protágoras, Platón proclama la objetividad de los valores con base en lo divino: ‘La divinidad, ciertamente, ha de ser para nosotros la medida de todas las cosas y mucho mejor que cualquier hombre, como algunos afirman’” (Valenzuela, 2005, p. 38). Pese a lo anotado, la obra de Platón tendrá inmensa influencia en futuros pensadores del sector cooperativo y solidario, por cuanto marca derroteros para la concepción de los valores del cooperativismo que paradójicamente tiene su emergencia como alternativa de solución a las necesidades básicas de los seres humanos marginados de la sociedad. La ciudad ideal que Platón concebía era aquella en la cual sus gobernantes no debían ocuparse ni preocuparse por tratar o normar sobre los intereses particulares o individuales, pues éstos ya han sido abolidos, eliminados o erradicados. En ella, no se dan los interés contrapuestos, ni existen tendencias, porque todo está

dispuesto para que los ciudadanos convivan armónicamente soportados en el interés común o general; el Estado sólo se debe ocupar del bien de todos (bien común) (Hegel, 1976, p. 212).

El filósofo Aristóteles (384-332 a.C.), reconocido como padre de la ciencia económica, fue el defensor de la economía de la casa o economía doméstica (*oikonomía*), cuyos valores, beneficios y notorias bondades destacó frente a la economía comercial, que en su concepto degradaba al individuo. En la antigüedad, un principio importante en torno al cual giraban las principales actividades de los seres humanos era el de la economía doméstica, o la misma *oikonomía* de los griegos, término que ha logrado llegar hasta nuestros días como economía política y finalmente economía:

La propiedad privada se justificaba sólo en la medida en que servía al bienestar de todos. De hecho, el adjetivo “privado” deriva de la palabra latina “privare”, lo que demuestra la creencia generalizada de los antiguos en que la propiedad era ante todo y sobre todo comunitaria. Cuando las sociedades pasaron de este punto de vista comunitario y cooperador a un punto de vista más individualista y autoafirmante, [...] invirtieron el sentido del término, sosteniendo que la propiedad debía ser ante todo privada y que la sociedad no podía privar al individuo de su uso sin los debidos procedimientos legales (Capra, 1998: 221).

Este acto de privatización de la propiedad significó uno de los pilares individualistas más sólidos para el proceso de capitalización de la economía con su consecuente cambio de percepción de su escala valorativa, llegando a que hoy

en día el planeta sea gobernado por un doble reduccionismo, constituido por la reducción de lo político y lo social a lo económico, y la reducción de todo lo económico a lo financiero, en una sociedad globalizada que se debate y define su futuro universal entre la lógica de lo viviente y la del dinero (Passet, citado en Chanlat, 2002, p. 13).

Sin embargo, Aristóteles no sólo es reconocido como el padre de la economía, sino también por sus importantes y trascendentales aportes filosóficos hechos a la ética: conceptualizó sobre temas como la justicia, la amistad, el bien y la virtud, en los cuales la sociedad de la época debía soportarse para obtener una vida más placentera y, por qué no, más feliz. Cabe aquí preguntarnos si: ¿es la felicidad soportada en la calidad de vida y concebida sólo a partir de la felicidad del otro el fin último del cooperativismo? O, por el contrario, ¿el cooperativismo busca y percibe la felicidad anclada en un mayor nivel de vida y soportada en la felicidad individual? Dependiendo de la percepción valorativa que se tenga frente a estos cuestionamientos, se podrá visionar el actuar ético y la práctica cotidiana del quehacer cooperativo de todos y cada uno de los llamados cooperativistas o asociados a este tipo de organizaciones y, en consecuencia, la gestión de éstas estará tamizada por su práctica valorativa.

En sus dos tratados de ética, la ética de Eudemo y Ética a Nicómaco, Aristóteles define la felicidad como una actividad que concuerda con la naturaleza específica de la humanidad; el placer acompaña a la felicidad pero no es un fin primordial; la

felicidad resulta del único atributo de la razón y funciona en armonía con las facultades humanas. Las virtudes morales son hábitos de acción que se ajustan al término medio, el principio de moderación, y han de ser flexibles debido a las diferencias entre la gente y a otros factores condicionantes (Valenzuela, 2005, p. 39).

Para Aristóteles, el *subjectum* es el subpuesto (debajo de), es decir, la substancia que soporta las cosas del mundo; por ello es del *subjectum* o del modo de ser de las cosas de lo que se habla.

Su concepción de dos mundos, uno sublunar —de lo inestable, de la vida como *bios*, de la *dynamis* y de la degeneración— y otro supra lunar —del equilibrio, de la estabilidad, de lo armónico, de lo eterno—, es un aporte a la visión dualista que marca la escisión del mundo habitado con respeto, hacia uno habitado bajo la dominación, que marca la escisión de cultura y naturaleza, de cielo y tierra, trascendiendo hasta la modernidad convertido en el sujeto y objeto kantianos (Noguera, 2004, pp. 29-32).

Son Platón y Aristóteles quienes abren el panorama de la ética en Occidente, dentro de una concepción a veces dicotómica, a veces dual, a veces dialéctica, pero nunca dentro de una visión holística, compleja e integral, iniciándose con ellos la visión escindida de occidente (Noguera, 2004, pp. 28-29).

Este corto recorrido por algunos pensadores de la antigua Grecia y sus postulados valorativos deja entre ver que desde la misma antigüedad se evidencian algunos de los valores cooperativos actuantes en la sociedad, no propiamente

concebidos dentro de un movimiento cooperativo declarado o concebidos con una visión holística e integral ni desde una perspectiva ambiental compleja, pero sí desde entonces enmarcados dentro de los principios rectores del hoy linealismo y pensamiento cartesiano que soportan el reduccionista compendio valorativo del sistema capitalista, dentro del cual nació y pervive el cooperativismo moderno.

Además del aporte valorativo hecho por los griegos al cooperativismo, diversos pueblos en la Antigüedad, practicaron con significativa relevancia en sus actividades cotidianas, para un mejor vivir, la asociación, la cooperación y la ayuda mutua, que según Francisco de Paula Jaramillo, van desde:

[...] las renombradas asociaciones funerarias del antiguo Egipto, hasta las “eranoi” y “thiasoi” de los griegos y los “collegia tenouiorum” de los romanos; y desde las prácticas de mutualismo que caracterizaban las relaciones de los camelleros en Palestina, hasta la maravillosa construcción social de las gildas germánicas o cofradías y fraternidades latinas, inspiradas en el principio cristiano de amor al prójimo (2001, p. 36).

Lo anterior permite evidenciar que la misma práctica cooperativa data desde la Antigüedad y ha tenido diversas y semejantes manifestaciones en cada una de las edades o momentos de la humanidad, como también nos lo resalta el importante teórico del cooperativismo, Paul Lambert, quien nos refiere ejemplos de cooperativas que existieron en las diversas épocas, como:

[...] las lecherías comunes en Armenia, las asociaciones de tierras de arrendamientos en Babilonia, las confraternidades de sepultura y las compañías de seguros artesanales entre los griegos y romanos, las sociedades de drenaje, riegos y construcciones de diques en Germania, los ágapes de los primeros cristianos, los pastos colectivos y las asociaciones de pescadores en Rumania, los “fruteros”, asociaciones queseras del Jura y de Saboya (1975, p. 27).

Así mismo al revisar rápidamente nuestra ancestralidad, podemos apreciar que en Colombia las comunidades indígenas tenían, al momento de la Conquista, una trayectoria de trabajo comunitario y actividades colectivas —soportadas en la cooperación, ayuda mutua y otra serie de valores—, como: el cultivo en familia, la caza y pesca en grupos de hombres, la recolección de frutos, insectos y raíces, la construcción colectiva de viviendas, la convivencia de numerosas familias en grandes y rudimentarias viviendas, la labranza, cultivo y cosecha en familias, clanes o tribus, todas ellas soportadas en sus “imaginarios”¹ valorativos, entre los que se evidenciaban la cooperación (voluntaria), la ayuda mutua y la solidaridad.

Entre las actividades que realizaban nuestros aborígenes, sobresalen todos los diversos sistemas de distribución de los alimentos conseguidos en colectividad, que aunque variados, siempre han propendido a la subsistencia de las razas

indígenas —en la actualidad reducidas a pequeños resguardos— (Arango y Sánchez, 2004, pp. 337-411).

La realización de las actividades antes descritas, sin duda, requirieron de una práctica organizacional y de valores que tuvieron como base común la reciprocidad y el reconocimiento al potencial colectivo, que incluso han trascendido hasta nuestros días en pleno siglo XXI, no sólo en las comunidades indígenas, sino también en los nichos campesinos o de barriadas en las ciudades, tales como:

- Minga, consistente en la organización colectiva del trabajo, para construir obras o realizar labores agrícolas en beneficio de toda la comunidad, de un grupo de familias o de los integrantes de una familia.
- Convite: práctica en la cual todos los convidados, voluntariamente participan con su capacidad de trabajo en una determinada obra para el beneficio de uno de los miembros del grupo.
- Mano prestada: trabajo del grupo o de uno de los miembros del grupo en la tierra que posee uno de ellos, que el beneficiado retribuirá en igual forma con trabajo en la tierra del otro, cuando éste lo requiera.
- Faeba: práctica asociativa de trabajo que permite la realización de obras de necesidad y beneficio común, en la que cada miembro de la comunidad participa aportando jornadas de trabajo de medio día.
- Waki: organización colectiva del trabajo para cultivar la tierra utilizando semillas de propiedad común y dividiendo la cosecha por surcos.

¹ Cornelius Castoriadis nos ofrece una definición básica, pero apropiada, de los imaginarios, como construcciones de la imaginación. “La imaginación es el poder (la capacidad, la facultad) de hacer aparecer representaciones que proceden o no de una excitación externa” (1997, p. 18).

- Ayni: sistema de préstamos pactados para beneficio mutuo de jornadas de trabajo agrícola, las cuales se cancelan posteriormente.
- Pasanacu: fondo comunitario al que sus miembros hacen aportes iguales y se utiliza para atender calamidades familiares graves e imprevistas (Arango, 2005, pp. 261-268).

Estas prácticas de valores asociativos y comunitarios, que son nuestro legado aborigen de miles de años, fueron truncadas en su gran mayoría con el sometimiento forzoso de nuestros indígenas ante los conquistadores españoles y las que no, tuvieron que practicarse soslayadamente o se mezclaron e imbricaron con la cultura africana que trajo consigo el vasto grupo de los esclavos oriundos de esas lejanas tierras, así como con la práctica cultural impuesta por los españoles invasores.

La institucionalidad colonial, en la búsqueda de implementar nuevas formas de producción y explotación, creó y propició, además, un tipo de trabajo colectivo que se debía soportar en la cooperación —aunque por la naturaleza de la actividad económica, la cooperación tenía visos de obligatoriedad y como tal desprovista de solidaridad y ayuda mutua—, como la encomienda, la mita, el resguardo e incluso las llamadas propiedades colectivas, entre otras.

Durante la época de la invasión española imperaron los valores propios de la barbarie y la represión que genera toda imposición de la fuerza. En la lucha desigual de las culturas, la española impuso

sus creencias, hábitos y valores, mientras que la cultura aborigen colombiana de miles y miles de años, en su estado de indefensión, se mantuvo vigente en cuanto le fue posible, a veces pura, a veces mezclada con la de los esclavos y libertos africanos y, en igual forma, en la estrecha relación social determinada por el colonizador, se mezcló con la cultura española, surgiendo de todos estos mestizajes e intrincados culturales nuevas creencias, hábitos y valores que se aunaron a los que cada cultura logró conservar en su autenticidad y que son nuestro legado valorativo, con asiento en nuestra cultura de valores actual. También en este régimen absolutista, hubo atisbos de valores cooperativos como el de solidaridad, especialmente entre los indígenas, negros y criollos y de los representantes de la sociedad española que practicaron una solidaridad de la misericordia y la caridad.

Este recorrido hecho en pos de la evidencia y emergencia de los valores cooperativos por la antigüedad occidental y como tal por nuestra propia antigüedad colombiana, nos permite plantear que existiendo los valores cooperativos con el hombre mismo, en todas las sociedades de todas las edades de la humanidad, estos no han sido los principales valores que demarquen el quehacer de la humanidad, pero, como tal, han servido de moderadores de su comportamiento ético. Es quizá su condición de valores secundarios en las diversas sociedades, de mantenerse latentes y siempre listos a ser los valores protagónicos, por lo que al cooperativismo se le ha catalogado como

una utopía; sí, una bella y esperanzadora utopía que tal vez en la posmodernidad deje de serlo y pase como tal a ser el modelo comunitario de convivencia y práctica económica y sociocultural de la humanidad naturalizada y complejizada, conviviendo felizmente no sólo entre sí y para sí, sino con todas las demás especies de nuestra misma casa, de la casa de todos y para todos, de nuestra bella tierra.

La utopía del cooperativismo no es en ningún momento ni en ningún aspecto lo que algunas mentes sumergidas en el linealismo-reduccionismo, que conceptualmente y en la extensión de la palabra la ven como irrealizable, lo no posible, lo no razonable, lo iluso. No, la utopía del cooperativismo es la otra visión de lo que es, de lo posible, la perspectiva de lo hermoso, de lo diferente, es el derecho a soñar.

La utopía no le marca caminos estrechos a la sociedad ni al individuo, es el reconocimiento de la libre creación. Respeta la iniciativa, pero no acepta el imperio del más fuerte, [ni] la selección natural como regla de organización social. La sociedad no se basa en la selección natural sino en la cooperación, en la solidaridad, en la ayuda mutua (Botero, 1999, p. 59).

El cooperativismo, en su esencia valorativa, es una actividad socio-humánica que como tal pervive y pervivirá con el hombre, pero que como doctrina filosófica, desde su responsabilidad ética, está llamada a asumir su papel de defensora y promotora de la vida, del respeto a la diferencia y a la biodiversidad, lo cual lo conlleva a actuar, en adelante,

con una visión posmoderna cimentada en una ética de la vida que, manteniendo sus mismos pilares valorativos, éstos no sean practicados desde una visión lineal reduccionista, sino desde una cosmovisión ético-ambiental-compleja. Lo ambiental visto desde la perspectiva de ecología profunda y no desde la ecología lineal reduccionista que es superficial; porque “la ecología superficial es antropocéntrica, [...] La ecología profunda no separa a los humanos —ni a ninguna otra cosa— del entorno natural” (Capra, 1999, p. 29).

Conclusiones

Los valores, que desde 1995 enmarcan la identidad del cooperativismo, datan en su práctica desde la misma génesis del ser humano, pero al igual que en la actualidad, siempre han afrontado dos determinantes problemas como son: 1. Su concepción desde una perspectiva lineal reduccionista y no ambiental-compleja. 2. En cada una de las etapas socio-económicas de la humanidad se evidencia que, si bien han existido los valores cooperativos, éstos no han sido los dominantes en la cultura de nuestras sociedades y la Antigüedad no fue la excepción, pues si allí podemos ubicar su origen, éstos estaban subordinados a valores como: la fuerza, la tenencia de tierra, la riqueza, esclavitud, libertad, la deidad, el coraje, el individualismo, la conquista, la intriga, la mentira, la envidia, la competencia.

El día en que los valores cooperativos —no sólo los actualmente adoptados como identidad cooperativa— pasen

de ser valores secundarios a ser valores dominantes en el quehacer cotidiano de las sociedades y con mayor razón de las organizaciones cooperativas, el mundo cambiará y quizá desde el bien común se irradiará la felicidad personal, entendida sólo como consecuencia de la felicidad del otro.

Referencias

- Arango, M. (1997). *La economía solidaria, una alternativa económica y social*. Medellín: Corselva.
- Arango, M. (2005). *Manual de cooperativismo y economía solidaria*. Bogotá: Educc Universidad Cooperativa de Colombia.
- Arango, R. y Sánchez, E. (2004). *Los pueblos indígenas de Colombia, en el umbral del nuevo milenio*. Bogotá: Departamento Nacional de Planeación.
- Botero, D. (1999). *El derecho a la utopía*. Bogotá: Editorial Universidad Nacional de Colombia.
- Capra, F. (1998). *El punto crucial ciencia. Sociedad y cultura naciente*. Argentina: Troquel.
- Capra, F. (1999). *La trama de la vida. Una nueva perspectiva de los sistemas vivos*. Barcelona: Anagrama.
- Castoriadis, C. (1997). *Ontología de la creación*. Bogotá: Ensayo y error.
- Chanlat, J. (2002). *Ciencias sociales y administración*. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT.
- García, S. y Dolan, S. (1997). *La dirección por valores*. España: Mc Graw Hill.
- Gaviria, N. (1968). *Filosofía e historia de la educación* (t. 1, 3ª ed.). Bogotá: Bedout.
- Hegel, G. W. F. (1976). *Filosofía del derecho*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- Jaramillo, F. de P. (2001). *Reflexiones sobre Economía Solidaria*. Medellín: Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.
- Lambert, P. (1975). *La doctrina cooperativa* (4a ed.). Argentina: Intercoop.
- Llanos, C. (1998). *Dilemas éticos de la empresa contemporánea*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Noguera, A. P. (2004). *El reencantamiento del mundo*. Manizales: PNUMA Universidad Nacional de Colombia.
- Platón (1994). *La República - Diálogos* (t. I). Bogotá: Universales.
- Scheler, M. (1941). *Ética, nuevo ensayo de fundamentación de un personalismo ético* (t. I). Madrid: Revista de Occidente.
- Valenzuela, L. (s.f.). *La responsabilidad social empresarial*. Manizales: Gráficas JES.



Ventana institucional

Balance 2002–2010

SUPERSOLIDARIA PRESENTA RESULTADOS DE LA GESTIÓN